

Galera de corrección

ALFREDO PUCCIARELLI (COORD.)

Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura

Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2004, 385 págs.

Los militares que usurparon el poder el 24 de marzo de 1976, en alianza con las fracciones más concentradas del poder económico y sus intelectuales orgánicos, pusieron en marcha una de las reestructuraciones económico-sociales más significativas y dramáticas de la historia de nuestro país, cuyas repercusiones se mantienen hasta la actualidad. En este sentido, el libro coordinado por Alfredo Pucciarelli se inscribe en una corriente del pensamiento social argentino que, desde una visión crítica y estrechamente ligada con los sectores populares, procura aportar –y socializar– elementos de juicio para comprender dicho proceso en sus múltiples –y, por cierto, harto complejas– dimensiones.

Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura consta de dos partes. La primera (“La dictadura en su contexto histórico y regional”) reúne los artículos de Waldo Ansaldi y Ricardo Sidi-

caro. La segunda (“La trama corporativa”), que constituye el eje del libro, incluye los trabajos de Alfredo Pucciarelli, Ana Castellani, Paula Canelo y Mariana Heredia.

Las contribuciones de Ansaldi y Sidi-
dicaro apuntan a definir la especificidad de la última dictadura militar a partir de su comparación con otras experiencias autoritarias relativamente contemporáneas en América latina (Brasil, Chile y Uruguay) y con los numerosos golpes de Estado que sufrió la Argentina entre 1930 y 1976, respectivamente. Se trata de trabajos cuya importancia radica fundamentalmente en tres cuestiones. Primero, porque brindan un ineludible marco de referencia para encuadrar el resto de los artículos que integran el libro. Segundo, porque estudios comparativos de esta naturaleza no se encuentran muy difundidos en el medio local. Tercero, porque realizan interesantes aportes en términos teórico-conceptuales (por ejemplo, la categoría de “coalicción golpista” utilizada por Sidi-
caro).

El trabajo de Pucciarelli introduce, en primer lugar, un concepto que, a juicio de quien escribe estas líneas, presenta una enorme riqueza analítica: el “liberalismo-corporativo”. Para el autor, el “modelo” que caracterizó a

la última dictadura militar se distingue por combinar las orientaciones de la tecnocracia liberal encabezada por el ministro Martínez de Hoz con las ideas intervencionistas de varios sectores de las Fuerzas Armadas y las viejas prácticas corporativas de ciertas fracciones de la gran burguesía y de la burocracia estatal. Específicamente, el “liberalismo-corporativo” es un término que alude “tanto a la política económica en estado práctico de la dictadura como a las nuevas formas de organización y las remozadas estrategias de acumulación de los grandes complejos económicos desarrollados durante este lapso, también a la fuerte contradicción existente entre el nuevo discurso eficientista, aperturista y liberal de las organizaciones corporativas empresarias y del equipo económico del Estado dictatorial, y la reproducción ampliada de sus anteriores prácticas proteccionistas y ‘neoprebendarias’. Por ello, el término corporativo, cuando integra esta fórmula, es despojado de su acepción tradicional: no menciona a las organizaciones sociales de carácter sectorial sino a su forma degenerativa, al funcionamiento de una compleja especie de red de intereses, ilegítima y semiclandestina, en la cual se entrelaza una gran variedad de instituciones y actores, públicos y privados, comprometidos con esas prácticas y amalgamados por lo que podríamos denominar el espíritu de cuerpo corporativo” (pág. 14).

En ese marco, el autor realiza un detallado *racconto* de las principales implicancias socio-económicas y político-institucionales del “modelo liberal-corporativo” aplicado a *sangre y fuego* por los dictadores militares: desindus-

trialización y conformación de un nuevo patrón de acumulación que pivotea sobre la valorización financiera y el endeudamiento externo, concentración y centralización del capital, redefinición del bloque de poder económico que pasa a ser conducido por los grupos económicos locales o, en palabras de Eduardo Basualdo¹, por la fracción diversificada de la “vieja” oligarquía, distribución regresiva del ingreso, achicamiento y reestructuración del mercado laboral, redimensionamiento del aparato estatal y creciente captura del mismo por parte de las fracciones empresarias predominantes, etcétera.

Como destaca el autor, todas estas transformaciones registradas en la economía y la sociedad argentinas luego del “huracán liberal-corporativo” que arrasó al país entre 1976 y 1983 se encuentran estrechamente relacionadas con el principal objetivo estratégico de los dictadores militares y de las fracciones de clase que estaban detrás de este proyecto, a saber, refundar estructuralmente la sociedad argentina, tanto en términos económico-sociales como políticos, consolidando un nuevo proyecto de dominación: “El modelo liberal corporativo no resolvió ninguno de los problemas económicos anteriores y agregó otros, pero las modificaciones estructurales generadas por su política aperturista y desindustrializadora, junto con el terrorismo de Estado, la eliminación del disenso político y la sistemática represión de la protesta social, lograron consumir uno de los objetivos más preciados del régimen militar: modificar sustancialmente la correlación de fuerzas sociales y políticas, entre la clase dominante y el res-

¹ Basualdo, Eduardo: “Notas sobre la burguesía nacional, el capital extranjero y la oligarquía pampeana”, *Realidad Económica*, N° 201, Buenos Aires, enero-febrero 2004.

to de las clases subalternas así como las relaciones de poder entre las organizaciones y/o instituciones que habían protagonizado durante las décadas anteriores el proceso de politización de la lucha distributiva” (págs. 155 y 156).

Recuperando la idea del carácter *dual o contradictorio* del “modelo liberal-corporativo”, y a partir de la utilización del instrumental teórico-conceptual elaborado por Hugo Nochteff, el trabajo de Castellani aborda el análisis del desenvolvimiento económico de las diferentes fracciones que integran la cúpula empresaria del país (las cien firmas privadas de mayores ventas) en el período 1976-1983. El procesamiento del mencionado universo de empresas en función de diferentes recortes analíticos, le permite a la autora arribar a una conclusión de suma relevancia: que el desempeño —más o menos exitoso— de los distintos tipos de firma que integran la elite empresaria local durante la vigencia del “régimen” estuvo estrechamente ligado a su vinculación —o no— con el denominado “complejo económico estatal privado”. Basta con mencionar, en tal sentido, que en 1983 había dentro de la cúpula 30 firmas vinculadas con dicho complejo que explicaron casi el 30% de la facturación global y más del 65% de las utilidades agregadas y registraron un margen medio de beneficio sobre ventas del 20,5% (porcentual que fue de “apenas” un 4,0% para las 70 empresas de la elite no vinculadas con el complejo).

Como destaca Castellani, “paradójicamente, y paralelo a la aplicación de las reformas liberales, el complejo adquirió un notable impulso durante la última dictadura debido a la conjunción de tres factores complementarios: a) el aumento de la inversión pú-

blica con obras de infraestructura y la concesión de obras por el sistema de peaje que generaron numerosas demandas sobre las grandes empresas constructoras (Sade, Techint, Impresit, Benito Roggio) y las más importantes cementeras del país (Loma Negra, Corcemar, Minetti); b) la puesta en marcha de la política de privatización periférica, especialmente en el sector petrolero, que abrió nuevas posibilidades para realizar negocios rentables para algunas empresas privadas de capital nacional (Pérez Companc, Astra y Bidas), y en el telefónico (Standard Electric, Siemens, Equitel, Pecom-Nec); c) la fuerte promoción industrial para ciertos sectores considerados estratégicos para el complejo militar-estatal, tales como la siderurgia, el cemento, la petroquímica y el papel, proceso que benefició a numerosas empresas industriales de capital nacional y a unas pocas extranjeras (Celulosa, Acindar, Bidas, Pérez Companc, Corcemar, Atanor, Indupa, Electroclor). Dentro de este último factor debe incluirse, además, la puesta en marcha de emprendimientos mixtos (estatal/privado) fuertemente promocionados por el Estado, como por ejemplo, el Polo Petroquímico Bahía Blanca” (págs. 195 y 196).

Sobre la base de las constataciones emanadas de un riguroso estudio acerca del derrotero seguido por la cúpula del poder económico de la Argentina durante este período tan crucial de la historia reciente, la autora concluye que no es casual que uno de los principales legados de la gestión económica liberal corporativa haya sido que “una porción de la cúpula empresaria, liderada por los grupos económicos locales vinculadas con la dinámica expansiva del complejo, se consolidara como una nueva y

poderosa fracción de la gran burguesía argentina y adquiriera, en los años siguientes, un inmenso poder económico y político imposible de soslayar” (pág. 215).

En el artículo de Canelo se estudian las fuertes discrepancias existentes en el interior del elenco gubernamental alrededor del plan económico de Martínez de Hoz, que lograron permanecer relativamente oscurecidas por el *unificador* discurso “antipopulista” y “antisubversivo” que caracterizó a la dictadura militar, así como la forma en que las mismas (potenciadas por la adopción de un particular diseño institucional) repercutieron sobre la formulación y la implementación de las medidas que llevó adelante el ministro. Se trata, desde una visión complementaria a las de Pucciarelli y Castellani, de la manifestación de otro tipo de *contradicciones* del “modelo liberal-corporativo”.

A este respecto, es sumamente interesante el detallado y muy documentado análisis que realiza la autora sobre la forma en que, siempre en el marco del proyecto refundacional iniciado en 1976, Martínez de Hoz debió maniobrar entre, por un lado, las presiones del “frente militar” (y, en ese contexto, los sucesivos realineamientos verificados entre los diferentes integrantes de las Fuerzas Armadas) y, por otro, las disputas existentes en el interior del propio equipo económico (los “tecnócratas” que abrevan en la nueva ortodoxia económica versus los “liberales tradicionales”). Todo ello derivó en que “varios de los objetivos impulsados desde las elites cívico-militares desde mediados de la década de los setenta alcanzaron un carácter inconcluso. Prescindiendo de la contundencia de la arrasadora política represiva, lleva-

da adelante con encendida cohesión interna y férreo salvajismo corporativo, lo inconcluso del Proceso se encarnó no sólo en una miríada de proyectos políticos de variadas orientaciones ideológicas que quedaron sepultados luego del veloz derrumbe del régimen autoritario más sangriento de la historia política argentina sino... en el abandono progresivo de varios de los propósitos de una política económica que, inicialmente, se imponía metas mucho más ambiciosas de las que finalmente lograría alcanzar” (pág. 306).

Sin duda, el artículo de Canelo arroja novedosos elementos de juicio que permiten comprender más cabalmente un fenómeno identificado por prácticamente la totalidad de las investigaciones que analizan la política económica de la dictadura: las múltiples marchas y contramarchas que experimentó el “Plan Martínez de Hoz”. No obstante, como plantea la autora, el ministro resignó “la obtención de objetivos secundarios para lograr su objetivo más amplio: una profunda e irreversible transformación estructural de la economía y la sociedad argentinas” (pág. 308).

Finalmente, el trabajo de Heredia, que lleva el sugerente título de “El proceso como bisagra”, analiza en detalle las mencionadas disputas existentes en el interior del primer equipo económico de la dictadura y, en ese marco, la emergencia y la creciente gravitación política de una nueva tecnocracia neoliberal cuyos cuadros provenían de tres “centros de estudio” de —en ese entonces— reciente formación: la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL), la Fundación Mediterránea (FM) y el Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina

(CEMA).

Después de realizar un estudio detallado sobre los orígenes de estos “centros académicos” (en los que fue decisivo el aporte económico de distintas organizaciones representativas del “gran capital” –como, por ejemplo, el Consejo Empresario Argentino, una de las principales bases de sustentación de la última dictadura militar–) y sobre las trayectorias previas al golpe de sus integrantes más conspicuos (la mayoría con estudios de posgrado en Estados Unidos), la autora muestra cómo el diseño y la instrumentación de varias de las medidas ensayadas durante la gestión de Martínez de Hoz resultaron afectadas por la fuerte conflictividad existente entre los liberales tradicionales y esta nueva camada de “jóvenes economistas”. Al respecto, “mientras los liberales tradicionales defendieron una interpretación precisa de la inflación instando a la reducción del Estado y a la fijación de un tipo de cambio acorde con las ventajas comparativas del país, los jóvenes economistas se centraron inicialmente sobre los aspectos más técnicos de las reformas, en el intento de brindar soluciones específicas a las coyunturas que se fueron presentando. La liberalización del sistema financiero, el programa de estabilización inspirado en el enfoque monetario de la balanza de pagos, la licuación generalizada de los pasivos y el seguro de cambio para los deudores en dólares fueron algunos de sus aportes” (pág. 374).

Una de las principales conclusiones de la investigación de Heredia es el cada vez más acentuado lugar que fueron logrando los integrantes de la nueva tecnocracia, sea como funcionarios o como “consultores estrella” del gobierno militar (entre otros miembros ilustres de FIEL, FM y CEMA que

tuvieron una activa participación en la “discusión económica” de la época se destacan el propio Martínez de Hoz, Juan Alemann, José M. Dagnino Pastore, Luis Martínez García, Armando Ribas, Carlos Brignone, Manuel Solanet, Lorenzo Sigaut, Domingo Cavallo, Carlos Rodríguez y Roque Fernández). Se trata, sin lugar a dudas, de otro de los lamentables legados del período 1976-1983, en tanto una vez reconquistada la democracia, estos “centros de estudio” y muchos de sus personajes se constituirían en el “sustento teórico” del fenomenal ajuste neoconservador que sufrió el país, el cual avanzó sobre –y logró “resolver”– varias de las “asignaturas pendientes” de la última dictadura, consolidando un modelo cada vez más concentrador en lo económico y excluyente en lo social.

En suma, la obra colectiva coordinada por Alfredo Pucciarelli constituye, por diversas razones, una contribución relevante tanto en términos académicos como políticos. Por los aportes conceptuales que contiene. Por la riqueza, la rigurosidad y la integración de las distintas investigaciones que la componen y por las diferentes y ampliamente convergentes conclusiones que se desprenden de las mismas (en más de un caso, realmente novedosas), y fundamentalmente, por constituir una referencia insoslayable en la lucha por mantener viva la memoria colectiva sobre una etapa nefasta de la historia argentina que sus beneficiarios directos y sus apologistas (en los campos político, empresario y académico) intentan ocultar y/o tergiversar con denodado esfuerzo, y cuyas implicancias económico-sociales perviven hasta nuestros días.

Martín Schorr

Buenos Aires, 28 de junio de 2004